





**NICOLAS D'ESTIENNE D'ORVES**

# **HUÉRFANOS DEL MAL**



*a de por para en hacia  
Myriam  
y para Sébastien*



## Índice

ARGUMENTO.....	6
Prólogo.....	8
PRIMERA PARTE.....	13
2005 .....	14
1987 .....	34
2005 .....	49
1987 .....	71
2005 .....	82
1987 .....	104
2005 .....	111
1987 .....	126
2005 .....	140
Las momias del otro mundo.....	151
2005 .....	159
1987 .....	164
2005 .....	166
1987 .....	171
2005 .....	184
1987 .....	198
2005 .....	200
1987 .....	210
2005 .....	215
SEGUNDA PARTE.....	219
Leni Rahn .....	220
1938 .....	222
2006 .....	236
1939 .....	246
2006 .....	262
1939 .....	274
2006 .....	288
1939 .....	306
2006 .....	325



1939 .....	335
2006 .....	349
1940 .....	364
2006 .....	378
<i>Yule, mayo de 1940</i> .....	387
2006 .....	391
TERCERA PARTE .....	434
2006 .....	435
Agradecimientos .....	498



## ARGUMENTO

¿Siguen vivos? ¿Dónde están? ¿Quienes son realmente los huérfanos del mal?

Cincuenta años después de la derrota del nazismo, una joven periodista y un enigmático coleccionista descubren que lo peor puede estar aún por venir. Una investigación en torno al Lebensborn, el programa de las SS para crear una raza pura que perpetuará su poder sobre el mundo, desemboca en un thriller laberíntico, distinto e inquietante en torno a los 25.000 niños que allí se engendraron.

Intriga, aventura y buena temática que despierta una fascinación morbosa. ¿Cuáles eran los proyectos secretos de las SS? ¿Qué pasó con los hijos de los monstruos de la II Guerra Mundial?



En lo que hicieron los alemanes hay algo que ejerce sobre nosotros una fascinación morbosa, algo que abre las catacumbas de la imaginación.

STEPHEN KING, *Verano de corrupción*.



## Prólogo

Era perfecta: frente alta, ojos separados, orejas delicadas, barbilla firme, labios perfilados, dientes rectos, pelo largo, sedoso y más dorado que un *Pretzel*.

—Abra bien los ojos, *Fräulein*, por favor —dijo el médico inclinándose.

—¿Así? —contestó la joven, e hizo rodar los ojos como un búho.

El gesto arrancó una sonrisa al hombre de la bata blanca, conocido sin embargo por su seriedad en el trabajo. ¡Pero no era para menos! Pocas veces había visto él tal gama de azules: cian, turquesa, lapislázuli...

«Dos amatistas...», pensó mientras separaba los párpados con los dedos para determinar la elasticidad. La parturienta no se movía; parecían animal y veterinario.

—¿Y el padre? —preguntó el doctor.

La embarazada se encogió de hombros y sonrió con aire impotente. Una enfermera leyó entonces una ficha al médico:

—Ingelheim, Gawain; veintidós años; *Untersturmführer*, teniente segundo de las SS. Primero de su promoción del Ordensburg de Sonthofen. Tiene un certificado de pureza aria de doce generaciones... «Conoció» a *Fräulein* Greve en Halgadøm la noche del 12 al 13 de mayo de 1938...

—¿Es eso cierto? —le preguntó el médico a la señorita Greve mientras le palpaba el vientre.

Ella asintió.

—Lo de la fecha sí... —murmuró—, pero ahora me entero del nombre, *Herr Doktor*...

El médico frunció el entrecejo; hundía suavemente los dedos en la barriga, deslizándolos entre el pubis y el ombligo, cuando de pronto se dio cuenta de que estaba tecleando una *partita* de Bach.

«La número tres...», se dijo, no sin orgullo: ¡la noche anterior la había tocado por primera vez sin equivocarse! Sus hijos le aplaudieron, su mujer se ruborizó de contento y él mismo quedó como aturdido tras ese pequeño recital en familia. Eran





sus momentos preferidos. Esa comunión entre el arte y lo humano. Esa simbiosis entre la creación más perfecta y la raza más pura. Sus hijos pronto serían mayores. Pronto aquellos jóvenes arios tomarían el relevo. ¡Ellos eran el mañana, el futuro de la raza!

«Como este...», pensó notando a través de la piel del vientre la cabeza de la criatura. Retiró con delicadeza la sábana y el pubis de la joven quedó al descubierto; era más rubio, más solar que el cabello.

«¡Hija de Eva, sé fuerte!», entonó para sí.

Y suavemente pasó los dedos por el vello, como si quisiera alisarlo, bruñirlo. Esto chocó a la enfermera, pero no a la futura madre, que no hizo sino sonreír más. Su mirada se disolvió en la del médico como el hielo se funde en el fuego: un contacto telúrico, el surgimiento de un mundo.

—¿Lista? —le preguntó a *Fräulein Greve*.

—Sí... lista —contestó ella con voz entrecortada, no por el miedo sino por la emoción.

La enfermera acercó un carrito con instrumentos metálicos y reclinó la cama de la parturienta, que quedó convertida en mesa de operaciones.

—Pues vamos allá... —dijo fríamente el médico, y se puso unos guantes esterilizados.

El parto fue como un sueño. La madre creyó que oía cantar a los ángeles, pero no eran más que sus gritos, sus quejidos; transportada, como en trance, no sentía ni el dolor. Su conciencia triunfaba sobre su cuerpo. Sentía su vientre violado, sus carnes desgarradas, pero lo único real era su gozo. Se entregó por entero, tan inmaculada como al nacer.

No había conocido a ningún otro hombre. Se había mantenido pura para aquel soldado, al que solo vio una noche, una hora, lo que dura un beso. Pero al estrecharlo entre sus brazos, al recibirlo dentro de sí, al dejar que la penetrara, era al Führer a quien había entregado su virginidad, era al Reich a quien había ofrecido su pureza, su inocencia, su belleza. No la preñó un hombre, sino un pueblo. Y con esta responsabilidad había vivido los últimos nueve meses.

Sus hermanos la rechazaron, su padre la maldijo. Solo su madre se mostró sabia, recta:

—Tú nos enseñas el camino, Heidi. No te enfades con ellos, ya lo entenderán...

No, no se enfadaba, ¿cómo iba a enfadarse? Su vida ya tenía un sentido, ellos vivían en las tinieblas. Su fe había ido creciendo día a día como aquel ser puro y único en sus entrañas.

Un último dolor. Un fuerte, profundo grito. La alegría de la enfermera.



—¡Un niño! —exclamó ésta, al tiempo que el médico cortaba el cordón umbilical.

Heidi lloraba de felicidad. Consultó el reloj del quirófano y comprobó que el parto había durado unas cinco horas.

Al mirar al médico vio que su semblante no reflejaba ya alegría alguna; estaba serio, tenía el ceño fruncido y se despojó de los guantes, asqueado.

La joven madre comprendió que algo no iba bien...

—¿Qué... qué pasa? —balbució.

No la escuchaban. La enfermera entregó el recién nacido al médico, que lo tomó en brazos pese a la mueca de repugnancia.

Lo asió de la nuca y se lo mostró a la madre.

Oprimido por el cuello, el niño empezó a llorar.

A Heidi no le salían las palabras; aquel ser era carne de su carne. Sintió como si le tirasen del cabello, le impidiesen respirar.

El pequeño se debatía, cada vez más encarnado, como si fuera a explotar. El médico había pasado de la repulsión a una atroz indiferencia; su mirada era de acero, inexpresiva.

Heidi estaba paralizada. Las palabras, el odio, el miedo: todo la asaltaba, pero era incapaz de hablar; sólo las lágrimas resbalaban por su cara.

«La cara, eso es...»

El médico adoptó una expresión grave, como un policía que da una mala noticia.

Se sentó junto a ella en la cama y le puso al niño en el pecho. El pequeño buscó instintivamente el rosado seno de la madre, pero ella, como si temiera apegarse a él demasiado, no poder separarse ya, no se atrevió a tocarlo.

Se contentó con mirarlo; parecía asustado, del dolor, del ruido, de la luz, del mundo que ante él se abría de manera tan terrible. En medio de la cara tenía como una brecha rosada, monstruosa.

—*Equarta labia* —dictaminó el médico.

La madre seguía sin decir nada.

—O «labio leporino», como se lo llama vulgarmente... —explicó con una voz aún más neutra, como si diera una clase—. Paladar hendido, ausencia de úvula... Un ejemplo típico, ¿no?

Heidi no sabía qué contestar. Notó que su cuerpo se distendía poco a poco y recuperaba cierta capacidad de movimiento.



Iba a tocar con la mano al pequeño cuando reparó en lo que estaba haciendo la enfermera.

Con expresión concentrada llenaba con aire una jeringa.

No tuvo que preguntar para comprender...

Llegó solo a rozar el cuerpecito, porque el doctor ya se levantaba con el bebé.

La enfermera le pasó la jeringa.

—Gracias, *Schwester*— dijo el médico—. Sujételo, que no se mueva.

—¡¡¡No!!!— gritó la madre, aunque no pudo incorporarse; se sentía como presa en una coraza de yeso.

Con una mano, el médico acarició la cabeza del niño; un gesto tan tierno y dulce que parecía como si fuera a besarlo de un momento a otro. Con la otra mano acercó la jeringa al cráneo del pequeño.

La madre miraba boquiabierta. De sus labios brotaban gritos silenciosos. Vio que el médico posaba la punta de la aguja sobre la fontanela del cráneo. El niño había dejado de llorar, reinaba un profundo silencio: la gran calma que precede a la muerte.

Cuando la aguja penetró, el niño tuvo un sobresalto, abrió mucho los ojos e, instintivamente, los fijó en su madre.

El médico hundió más la aguja e inyectó el contenido.

Incluso la enfermera, que sostenía al niño en brazos, procuraba no moverse; notó que el cuerpo del pequeño se relajaba.

La criatura no se movía; parecía petrificada, mirando a la madre... ¿como si la reconociera?

Heidi trataba de no pensar, de no intentar comprender, de olvidar... ¡Pero qué grandes y ávidos eran los ojos de su hijo!

«Son como los míos...»

La miraban con reproche y a la vez alivio.

—La primera generación debe ser sana —dijo el médico impasible, con una resignación cansada, mientras retiraba la jeringa—. Déselo ahora —ordenó a la enfermera.

—*Jawohl, Doktor Schwöll!*

La enfermera puso al niño en brazos de la madre. Pese a su rostro desfigurado y el hilillo de sangre que le surcaba la frente, una extraña calma inundaba al bebé.



Heidi lo tomó como si fuera un objeto de porcelana. Sus miradas se cruzaron una vez más. Los ojos del bebé se habían velado; su mirada parecía alejarse, regresar al lugar del que había venido.

El pequeño dio una sacudida, emitió una especie de hipido y la cabeza cayó hacia atrás.

La madre quedó anonadada; ni siquiera notó que la enfermera cogía de nuevo al niño, ni oyó apenas la voz amable pero firme del médico que le decía:

—La tendremos convaleciente un mes y luego la trasladaremos a la maternidad de Halgadøm. Allí hay oficiales bien plantados que le harán olvidar este... percance... — Le acarició la mejilla como quien acaricia a un caballo y añadió—: ¡Es usted joven, *Fraülein* Greve, y el Reich sigue necesitándola!



## PRIMERA PARTE

### Anais

*El nazismo fue uno de los pocos momentos en la historia de nuestra civilización en que una puerta se abrió con estrépito y dejó ver otra cosa.*

Louis PAUWELS Y JACQUES BERGIER, *El retorno de los brujos*



## 2005

*París, 29 de agosto, 5.45 de la tarde*

—¿Sabes algo de la historia del nazismo, el Tercer Reich y demás? —me dice Clément, y pone su mano encima de la mía, que yo retiro bruscamente... demasiado, como siempre.

—¿Me haces venir aquí para hablarme de historia? —Lo fulmino con la mirada. Mis ojos de azul eléctrico en contraste con mi pelo negro. Él la llama mi mirada «de tiburón»; nunca ha podido sostenerla. Llega una pareja de norteamericanos y Clément se remueve y retira la silla para dejarles pasar; se los ve encantados de hallarse en el corazón del París «*olalá*», y profiriendo «*How nice!*» se nos sientan detrás.

¡Cómo se le habrá ocurrido a Clément quedar aquí, cuando sabe perfectamente que detesto el café de Flore! Por lo general Saint-Germain-des-Prés me inspira una aversión instintiva, como de pueblo; será que soy un poco provinciana.

—Vale, de acuerdo —concede Clément—, quería pedirte una cosa... —Se queda pensando y se corrige—: Mejor dicho, proponerte una cosa...

—Ya te veo venir, como siempre —digo yo socarrona.

Él pone una sonrisa lastimera y me doy cuenta de que he vuelto a pasarme. «¡Calma, Anaïs, calma!» Pero es algo que puede conmigo; el «orgullo de mujer sola», como dice Lea, mi mejor amiga. ¡Y solo tengo veinticinco años!

Porque, seré sincera, desde que nos conocimos hace siete años en la facultad de periodismo, siempre he leído una gran sinceridad en los ojos de Clément, en esa mirada de viejo cocker spaniel que tiene. No como yo, con mi coraza de ironía y mi escudo de cinismo. Esta manera de tomarme la vida como si todo me atacara o fuera una farsa, de no ver nada auténtico, que no sea como un simulacro. Somos muy distintos: yo soy como un bulldozer, torpe y altiva; Clément sigue siendo un hijo de papá con ganas de emanciparse, que vive encadenado y soñando con ser libre. Somos dos desarraigados. Pero además nos conocemos demasiado, sabemos lo que vamos a decir en cuanto abrimos la boca.



—¡Un granizado de limón y un vaso de leche!

El camarero rompe nuestro incómodo silencio.

Le damos las gracias, como si nos acabara de salvar de morir ahogados. Actuaré con deportividad: ahora me toca a mí enderezar la conversación. Me reclino en la silla, tomo mi vaso de leche y digo con falsa jovialidad:

—Venga, te escucho.

Pero ahora es Clément quien se lo toma con calma. Como si quisiera desquitarse, aplica delicadamente los labios a la pajita y apura el granizado haciendo un gorgoteo horrible, que él sabe que me pone de los nervios. Rechino los dientes.

—Tengo un trabajito para ti —dice por fin a media voz.

—¿Un trabajito?

—Un trabajito de negro de editorial.

Mi reacción debe de ser elocuente, porque Clément se explica:

—Escribir un ensayo de historia con uno que en su vida ha escrito un libro. El mismísimo FLK me ha pedido que busque a alguien.

Yo pongo cara de estar impresionada y Clément no sabe si estoy riéndome de él.

—Es un buen trabajo y muy bien pagado —insiste.

—¿Y por qué yo?

Se acoda en la mesa y se inclina. Noto el olor dulzón de su aliento y el del suave perfume que siempre lleva, el mismo que su padre: *Habit Rouge* de Guerlain.

—El autor quiere a alguien joven, a ser posible chica...

Suelto una risilla.

—¿Una chica? ¿Te ríes de mí?

Pero Clément está serio. Se le dilatan las pupilas.

—Cien mil euros no son para tomárselos a risa.

¡Se me cae la cucharilla!

—¡Cien mil euros! ¿Me estás tomando el pelo?

—Ya te interesa más, ¿eh? —Clément ha recuperado su tono irónico.

Me interesa no, casi me asusta. ¿Por un trabajo de negro cien mil euros? ¡Si es el anticipo que se paga a un autor de éxito! Lo sé porque el año pasado hice un reportaje sobre el mercado de best sellers en Francia para el suplemento de *L'Express* y conozco las cifras. FLK tiene fama de ser un editor de los más generosos, pero ¡tanta generosidad es como para desconfiar!



—¿Y quién es el autor con el que debo... o debería trabajar?

—Yo lo he visto un par de veces, pero no puedo decirte nada; me lo ha prohibido el jefe, quiere explicártelo él mismo...

—¿Ya le has hablado de mí?

—Te espera mañana en las oficinas de Ediciones FLK, calle Visconti, número once, a las diez de la mañana.

—¿Le gusta la caza de tesoros, señorita Chouday?

¿Qué se puede contestar a eso? Desde hace un buen rato François-Laurent Kramer, presidente de las muy exitosas Ediciones FLK, está mareando la perdiz... ¡no hace falta decir que la perdiz soy yo!

—Un escritor es un poco como un explorador, ¿no cree? —prosigue, mientras hace girar su butaca de cuero rojo.

Todo el despacho es también rojo: el papel de las paredes, los muebles, las estanterías, los cuadros, la moqueta. Incluso las prendas que él viste: rosa, fucsia, bermellón, ciruela; da no sé qué verlo de buena mañana. Me recuerda la tostada de mermelada de grosella que he engullido a toda prisa antes de tomar el metro.

Me llevo la taza de té a los labios, perpleja. Sobre la mesa arde una vela perfumada de lo más fina. Aunque tiene sesenta años y el cabello le empieza a ralar, a FLK se lo ve muy a menudo en las páginas de las revistas del corazón. Su reciente divorcio, su *coming out* y su borrascosa relación con un diseñador holandés han hecho las delicias de la prensa (sobre todo su boda ilegal en una isla privada de las Maldivas). ¡Auténtico maná para los periodistas!

Pero este payaso dirige con puño de hierro una de las mayores editoriales independientes de Francia y se niega a incorporarse a ningún gran grupo, pese a las muchas ofertas que ha recibido.

—Porque lo que le estoy proponiendo es buscar un tesoro... —añade, mientras se levanta y se acerca a la pared acristalada.

—Me temo que ya soy mayorcita para esos juegos —replico antes de morderme la lengua.

No sé adonde quiere ir a parar, y él se aprovecha.

El viejo zorro no me contesta.





Da unas pataditas en el cristal y se queda contemplando el gran jardín, que parece emparedado entre edificios, unos pisos más abajo. Algunos árboles presentan ya colores de otoño, y un jardinero corta el césped zigzagueando entre los bojés.

FLK se vuelve como un fantasma.

—Esto no es ningún juego, Anaïs.

Yo me estremezco sin poder evitarlo. El tipo se ha mostrado tajante, casi agresivo; se diría que guarda un arsenal de navajas bajo su linda chaqueta granate.

Sigo quieta en mi asiento, trago saliva y me pregunto qué estoy haciendo aquí.

Ahora FLK se pasea por el despacho y con el dorso de la mano acaricia amorosamente los libros de las estanterías. Yo, callada y cada vez más incómoda, observo los numerosos best sellers que ha publicado Ediciones FLK: las novelas femeninas de Evelyne Schankl, los *thrillers* de los gemelos Leclerc, las novelas románticas históricas de Marjolaine Papillon, las policíacas de Cédric Meillier... Este tipo de libros encantan a mi padre, o le encantaban, porque no sé si seguirá leyendo.

—Es un trabajo muy importante —prosigue el editor, sentándose de nuevo—, y muy, muy bien pagado, como seguramente le habrá dicho Clément...

Pienso en los cien mil euros y debo de haberme ruborizado, porque el editor recupera el buen humor y esboza una sonrisa.

—Usted es joven, Anaïs; tiene talento, sabe escribir. Su amigo Clément me ha cantado sus excelencias. ¡Es un trabajo a su medida!

¡Un tipo persuasivo! Otro que tendría que dedicarse a la política: da una de cal y otra de arena con una facilidad pasmosa. Pero yo procuro no perder la calma y replico:

—Aún no me ha dicho de qué se trata...

Abre un cajón de la mesa, saca una revista, me la pone delante, carraspea y dice en voz queda, como si me revelara un secreto de Estado:

—*Der Spiegel*, un gran semanario alemán.

Bajo la guardia y cojo la revista con precaución. La imagen de la portada me produce escalofríos: cuatro muertos en un depósito de cadáveres y, tras ellos, la sombra de un hombre con el brazo levantado. Hitler, sin duda. Sobre esta imagen hay un gran signo de interrogación cuyo punto es una cruz gamada. El ejemplar es del 23 de junio de 1995.

Todo esto me causa una impresión desagradable. Nunca me ha atraído, y menos aún fascinado, la época de los nazis. Para mí es como un período límite, un trasunto del infierno. Como todos los alumnos de instituto, vi *Noche y niebla*, la película de Alain Resnais, en clase de historia, y preferí desechar para siempre esas imágenes de

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

